para ser bien estimado y poder sostenerse en la lucha por la existencia.

Como el miedo los ha vuelto demasiado cobardes, rinden sus sombreros ante las esculturas, más ó menos artísticas, que van saliendo una tras otra y que han de representar en las calles de nuestra ciudad una escena de barbarismo que se efectuó hace diecinueve siglos en un hombre cuya memoria debía respetarse de otra manera sin ultrajarla con esos simulacros vanidosos: él que era tan humilde y sencillo.

Las gentes, en vez de acompañar á sus ídolos en su marcha de dolor, sintiendo el sentimiento que simulan al reunirse allí, los dejan ir solos: la que se llama buena sociedad deja la misión de cortejar á los santos á las personas del pueblo que son, talvez, las que no fingen nada de lo que sienten, las más desgraciadas porque viven en la aldea oprimidos por un cura sin ilustración.

Y al ver á Jesucristo con la cruz á cuestas, rodeado de personas embrutecidas por la servidumbre y la miseria intelectual, se comprende lo inútil de esa farsa que todos los años representan los católicos; se ve que los hombres, mientras vivan fanatizados por los sacerdotes, no podrán nunca ser libres y progresistas.

Los sacerdotes, vestidos con sus hermosas túnicas arrancadas por medio de contribuciones al pueblo creyente, pasan mirando con altivez á las víctimas de su explotación desvergonzada de la credulidad pública.

Y allá, en una iglesia apartada, á ambos lados de la puerta de entrada, dos señoritas con un plato de cristal en la mano, piden limosna para el templo, para la virgen que en soledad completa, de seguro no